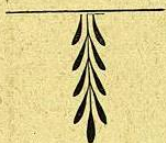


en el seco jardín, no hay mariposas....
¿Á qué quieres volver? ... te aburrirías.

No ha tenido mi voz, bronca y cascada
para tus burlas frívolas reproches;
te dejo en el umbral : estás cansada;
curiosa, véte en paz : ¡ muy buenas noches !



Viejos romanticismos

(1887-1891).



LA ÚLTIMA SERENATA

Á Juan de Dios Peza.

CANTO PRIMERO

I

Vaga, confusa, incierta,
Como un jirón de niebla en el Invierno,
Aun se agita y despierta
Mi memoria rendida,
Con el triste recuerdo de mi vida
Amargo á veces, pero siempre tierno.
No es la historia completa; son escenas
Aisladas, en que el drama
Se desarrolla más, en que las penas
Luchan con el placer que las fascina,
Y en que á través de la confusa trama
La catástrofe triste se adivina.
Empero más vivaz, más culminante,
Más clara, hay una escena,
Infeliz episodio de mi historia,
Que se presenta sola en mi memoria
Como el suelto eslabón de una cadena.

Allá... mi dócil pensamiento vuela
 En horas de quietud, y por mi frente
 Vuelve á cruzar el caso infortunado,
 Única nave que dejó su estela
 Indeleble, luciente,
 Sobre el obscuro mar de mi pasado.

II

Cuando cierro los ojos ahuyentando
 Pensamientos é imágenes sombrías,
 Y, urna de mis recuerdos, abro el alma
 Para que se perfume mi existencia
 Con la divina esencia
 Que exhalan hoy mis juveniles días,
 Miro á través de la dorada gasa
 Del sueño, los diversos,
 Pobres lugares do mi infancia pasa :
 Aquel rincón del patio de mi casa
 Donde compuse mis primeros versos ;
 Aquella biblioteca oscura y fría
 Tapizada de viejos pergaminos,
 En donde yo leía
 Los libros peregrinos
 Que exaltaron mi loca fantasía ;
 La ventana ruinosa
 Do mi primera novia me besaba,
 La iglesia de mi barrio, silenciosa,
 Triste, churrigueresca,
 Con su nave elevada y gigantesca,
 Su pórtico de toscas esculturas,
 Y sus torres hermosas

Recortando, pesadas y angulosas,
 El transparente azul de las alturas !

III

Después.... la mente mía
 Cual corcel hostigado en su carrera,
 Se exalta, se aligera,
 Y me conduce á sitios encantados
 Donde pasó mi juventud primera.
 Aulas llenas de luz : allí los rayos
 De un espléndido sol, limpio y sereno,
 Brillaban indecisos,
 Ora sobre los rizos
 De cabezas alegres, soñadoras,
 Atentas á la altura
 En que el maestro reposado y grave
 Hablaba con mesura ;
 Ora por los rincones
 Iluminando solitarios bancos,
 Ó ya sobre los negros pizarrones
 Llenos de líneas y guarismos blancos.
 ¡ Patios extensos, amplios corredores
 De mi querida escuela,
 Cuál se refresca la memoria mía
 Cuando á vosotros anhelante vuela !
 Y cuál mi fantasía
 Rompiendo el triste, tenebroso seno,
 Que ocultaba sus galas,
 En vuestro ambiente, lleno
 De luz y poesía
 Sacude, alegre, las inquietas alas !

IV

Por fin, ya estás aquí, calle tortuosa,
 Estrecha, solitaria;
 Ni un detalle he perdido; la medrosa
 Larga fachada de color obscuro,
 Frente á la tapia donde cada piedra
 Desmoronada, decoraba el muro
 Con un penacho de frondosa hiedra:
 La forma caprichosa
 De dos columnas de labrado rudo,
 En cuya base jónica, reposa
 El tosco cuadro del antiguo escudo;
 Y luego, aquella reja
 De hierro ennegrecido
 En la que alguien parece que se queja
 De mi culpable olvido!
 ¡ Ah! qué mucho que siempre que os recuerde
 Fachada, tapia, reja, hiedra verde,
 Llore por mi abandono y por mi ausencia,
 Si en vuestra calle, lóbrega y sombría,
 La más pura ilusión de mi existencia
 Se ha quedado llorando todavía!

CANTO SEGUNDO

I

Yo estaba enamorado: ¡quién no siente
 Arder á los quince años esa llama:
 La edad, en que se piensa en ser valiente,
 En que se sueñan lauros en la frente,

Y de un sainete vil, se forja un drama?
 La edad en que queremos como sabios,
 Penetrar los arcanos de la ciencia,
 Que alcen un himno á la virtud los labios,
 Ser de los vicios el eterno azote,
 É ir por el mundo desfaciendo agravios
 Con las débiles armas del Quijote!

II

Así nació mi amor: en una tarde
 Pasaba con mi libro bajo el brazo
 Por esa calle, y en la reja aquella
 Ví por primera vez, gentil y pura,
 La niña de mis sueños de ventura,
 Pálida, triste, pudorosa, bella.
 Sobre el ancho sillón, las amarillas
 Manos cruzadas en el blando pecho,
 Allí tendida, inerte,
 Sintiendo resbalar por sus mejillas
 Las sombras de la muerte;
 Allí, como en un lecho;
 La cabeza inclinada
 Como una flor tronchada;
 Con los ojos cerrados, el cabello
 Desordenado en su revuelto giro,
 Y en el delgado y transparente cuello
 Contenido un sollozo ó un suspiro.
 Como un nimbo de luz, un fino encaje,
 Movido á veces por su aliento flébil,
 Ornando su cabeza,

Y envuelto en blanco y vaporoso traje
El cuerpecito enflaquecido y débil.

III

Pasé, volví á pasar, y me detuve
Frente á aquella visión; sentí que el alma
Se postraba de hinojos,
Cuando ví que sus párpados se abrían
Y abrasadores rayos desprendían
Los profundos abismos de sus ojos.

IV

Y el sol, que se escondía
Entre las nubes de color sangriento;
La luna, sin fulgor, que aparecía
Sobre el obscuro azul del firmamento;
Una estrella que erraba
Brillando en los lejanos horizontes,
En el espeso velo
En que ya la silueta de los montes
Va cortando los términos del cielo;
La nieve del volcán, resplandeciente,
Enrojecida por el sol poniente,
Y hasta un granado que en la tapia asoma
Su rama más florida,
Hablaron de calor, de luz, de aroma,
De juventud, de porvenir, de vida.

V

¡Qué contraste, Dios mío!
¡Qué mirada tan honda de tristeza
Te dirigió la niña moribunda,
Madre Naturaleza!
Yo ante dolor tan vivo,
Viéndote hacer de tu hermosura alarde,
Me retiré callado y pensativo...
Y así nació mi amor, aquella tarde!...

VI

... Después de mis faenas
Estudiantiles, iba apresurado
Sintiendo con vigor inusitado
Correr la sangre ardiente por mis venas:
Pasaba, como siempre, cabizbajo,
Tímido, palpitante,
Siquiera fuese por mirar su sombra,
El divino perfil de su semblante,
Ó escuchar en un éxtasis amante
El rumor de sus pasos por la alfombra.

VII

¡Cuántas veces la ví, como en un sueño,
Fijar en mí sus ojos,
Y aparecer en su mejilla pálida
Misteriosos y púdicos sonrojos!
Creí que nuestras almas se mandaban

Algo como un saludo,
 Y en tristes confidencias entablaban
 Algún diálogo mudo.
 ¿Fué cierto?... No lo sé; nunca he podido
 Descifrar el misterio,
 Ni al descansar cual hoy, yo en el olvido,
 Y ella... en el cementerio!
 En mi ánimo abatido
 Yo sólo sé que duerme desde entonces
 La fe con que una vez osaba amarla,
 Cual la chispa en el seno de los bronce
 Mientras no viene el golpe á despertarla.

VIII

Una noche, mi cuarto de estudiante
 No pudo contener, porque era estrecho,
 Todas las ilusiones que brotaron
 Del solitario fondo de mi pecho.

Al canto de mi amor, como gemidos
 De la suprema angustia,
 Respondieron los últimos crujidos
 De mi lámpara mustia;
 El Invierno, otra vez, á los cristales
 De mi ventana en que se mira un cielo
 Pavoroso y sombrío,
 Fué á llamar con sus lágrimas de hielo
 Como cuajadas gotas de rocío.
 De mi alcoba salí, dejando el sueño;
 Crucé las calles tristes y desiertas,
 Llegué á la casa de mi amado dueño,
 Y allí detuve el paso

Frente á esa línea de fulgor escaso
 Que lanzan las maderas entreabiertas.
 Mi romántico ensueño,
 ¿Dónde vagaba en tan solemne hora?
 Tal vez me parecía
 Que yo era el Trovador de esa Leonora.
 Ignoraba su nombre, y no os asombre
 Que así tuviera la razón perdida,
 Pues los tristes delirios de mi vida
 Nunca han tenido nombre.
 Me oculté en un rincón de la fachada;
 ¡Ni una luz; ni un rumor!... Todo dormía,
 Sólo mi alegre corazón latía...
 Entre las rotas nubes
 Un astro nada más resplandecía;
 ¡De qué grata ternura
 Se llenó aquella noche
 Mi alma, en el centro de su fe, segura!

IX

Entretanto, mi pálida... ¿dormía?
 ¿En mí soñaba acaso? ó reclinada
 En el borde del lecho,
 Sintiendo estaba lo que yo sentía
 Allá... en el fondo de mi cuarto estrecho?
 ¡Ah! si estaba despierta,
 Vago presentimiento
 De que yo estaba ahí, frente á su puerta,
 ¿No la haría temblar por un momento?...
 Trémulo me acerqué, y en el exceso
 De mi cariño puro,

Imprimí largo beso
 En el pesado y carcomido muro ;
 En voz baja le hablé de mis amores,
 En voz baja también canté mis penas,
 Cual cantaban antiguos trovadores
 En dulce mandolín sus cantilenas.
 Mi arpa era el viento, cuya voz eólica
 En la frondosa rama del granado
 Vibraba melancólica ;
 Con dulce acento entre la verde yedra,
 Ó grave y triste como voz lejana
 Entre los rotos ángulos de piedra
 Ó el hierro sin color de la ventana.
 Cuando alcé la mirada al firmamento
 Y ví la estrella huérfana y tranquila,
 Lanzándome el reflejo macilento
 De su inmóvil pupila,
 Me pareció que acompañaba al viento
 Y que en aquella noche, breve y grata,
 Entonaba también mi serenata.

CANTO TERCERO

I

¡Nueve tardes sin verla; nueve días
 Sin sol, sin luz, sin galas;
 Todas mis alegrías
 Sin fuerzas ya para tender las alas!
 Mi espíritu cansado
 Y el horizonte de mi amor, velado.
 ¡Largas horas, que envueltas

En el manto de sombras del crepúsculo,
 Visteis mi angustia horrible,
 Sin que mi labio prorrumpiera un grito,
 Y me visteis inmóvil, pareciendo
 Quizá tan insensible
 Como aquellas columnas de granito;
 Si cruzasteis el mundo,
 Horas que el aura de la noche besa,
 En vuestro tardo paso
 No encontrasteis, acaso,
 Un dolor más profundo,
 Más inquietud, más pena, más tristeza !...

II

Aquella noche, llena
 De reflejos purísimos, traía
 Ese silencio sepulcral que asombra;
 Recortaba con bordes luminosos
 Los oscuros contornos de la sombra;
 Dibujaba en el muro
 Fantásticas siluetas,
 Y hacía arder su resplandor más puro
 Entre las verdes grietas!
 Yo la miré en la calle
 Tender sobre el quebrado pavimento
 Su luz, como blanquísimo sudario,
 Prendiendo, aterradora cual ninguna,
 El amarillo disco de la luna
 En la elevada cruz del campanario.

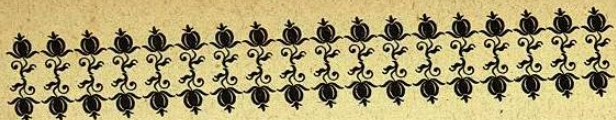
III

Y corrieron las horas, y me hallaron
 En la misma actitud, mudo y sombrío;
 El alma estremeciéndose de pena,
 Y el cuerpo estremeciéndose de frío...
 ¡Qué batalla tan ruda
 Libraron en mí mismo,
 La esperanza, el temor, la fe y la duda!
 Como bíblicos ángeles
 Lucharon sobre el puente del abismo!
 Me decidí por fin; hoy que me acuerdo
 Mi decisión me pasma;
 Crucé á lo largo de la tapia vieja,
 Y, ebrio por el dolor, como un fantasma
 Me detuve en la reja...
 En tan triste momento
 Quiso también acompañarme el viento;
 Gimió en los hierros, empujó la puerta,
 Iluminóse la ventana abierta,
 Y por aquella parte luminosa
 El confuso rumor de una plegaria
 Fué rodando, rodando hasta perderse
 Por la calle torcida, tenebrosa,
 Estrecha, interminable, solitaria...

IV

¡Cómo llegué hasta allí! Sólo recuerdo
 Impresiones primeras;
 El crujir de las ceras,
 De multitud de flores la fragancia,

Y algunos rostros lívidos
 Llorando en los rincones de la estancia.
 Y blanca, entre las ceras y las flores,
 Por un velo cubierta,
 Allí estaba el amor de mis amores!
 Allí estaba la muerta!
 Me acerqué paso á paso
 Con la alma estremecida,
 Pues que aquel era el delicado vaso
 Que contuvo la esencia de su vida.
 Y levanté ese velo,
 Y á la rojiza llama de los cirios
 Vi aquella faz serena,
 De luz, de gloria y de ternura llena!
 Vi aquellas amarillas
 Manos, cruzadas sobre el blando pecho;
 Allí tendida, inerte,
 Ya marchitas del todo sus mejillas,
 Ya envuelta por las sombras de la muerte.
 Tomé una de esas manos, seca y fría,
 Y la estreché, temblando, con la mía;
 Y aquel diálogo mudo
 Que interrumpió el dolor y el alma hospeda,
 Como á rayo de luz seco follaje,
 Concluyó con el último saludo
 De un espíritu triste que se queda
 Y otro que emprende el misterioso viaje.
 No gemí; no lloré; yo era la nube
 Que en tempestuoso cielo se pasea,
 Bañada en agua por el éter sube
 Y al no poder llover relampaguea!...



SIEBEL

A Manuel Gutiérrez Nájera.

Siebel coloca su haz de flores
Que el aire fresco del alba agita,
Mientras irradian los resplandores
En los cristales de mil colores
De la ventana de Margarita.

Sobre las tapias la enredadera
Cruje y ondula cual verde falda,
Y asida al muro corre ligera
Hasta que en torno de la vidriera
Prende festones como esmeralda.

Ya en los jardines que se embellecen
Bajo las frondas las aves trinan,
Y un misterioso contraste ofrecen
Con las estrellas que palidecen
Los horizontes que se iluminan.

Cae el rocío sobre la grama,
Sobre los pájaros que aletean,

Sobre las hojas de la retama,
Y va cayendo, de rama en rama,
Entre los pinos que cabecean.

Y mientras Fausto, con sus dolores,
Vela, suspira, llora y medita,
Se inunda el cielo de resplandores,
Y Siebel deja su haz de flores
En la ventana de Margarita!





Á SOLAS

Á Ignacio Ojeda Verduzco.

Yo soy muy pobre, pero un tesoro
Guardo en el fondo de mi baúl:
Una cajita color de oro
Que ata un brillante listón azul.
La abro ¿qué tiene?... Hojas de rosas,
Secas reliquias de un viejo amor,
Alas sin polvo, de mariposas,
Mirtos, gardenias y tuberosas;
¡ Muchos recuerdos en cada flor !

El amuleto que ató á mi cuello
Mi santa madre cuando marché;
El blondo rizo de aquel cabello
Que tantas veces acaricié.
¡ Cómo me alegra la fecha escrita
En esta opaca cruz de marfil !
¡ Ah, virgen mía, mi virgencita,
Aquí conservo la margarita
Que deshojaste pensando en mí !

¡ Cuántos recuerdos de lo pasado !
¡ Cuántas escenas miro volver !
Me siento joven y enamorado,
Feliz y bueno como era ayer.
Veo mis bosques y mis colinas,
Mi triste pueblo, mi pobre hogar,
Y hasta el enjambre de golondrinas
Que hizo sus nidos en las ruinas
De la parroquia de mi lugar !

Si alguna oculta pena me agobia
Leo las cartas que guardo allí;
Las de mi madre, las de mi novia;
Dos almas buenas que ya perdí.
Sus torpes lazos mi fe desata,
Y entonces oigo — ¡ dulce ilusión !
Cantos de ángel, música grata,
Suaves preludios de serenata,
Ruido de alas en mi balcón !

Mientras su duro rigor no ablande
La suerte impía, negra y fatal,
Yo no conozco dicha más grande
Que la que siento con recordar.
Ser consolado : ¡ qué gran anhelo !
Entre tinieblas soñar con luz,
Pisar abrojos y ver el cielo,
Sentir dolores y hallar consuelo
En las memorias de juventud !

Están ya secas las tuberosas
Como está seco mi corazón,
Y desteñidas las mariposas

Como las alas de la ilusión.
 Y sin embargo, sonrío y lloro
 Si miro el fondo de mi baúl,
 Y allí contemplo mi gran tesoro :
 Una cajita color de oro
 Que ata un brillante listón azul.



ÍNTIMA

¡ Qué cansancio ! Ni gozo, ni padezco :
 entre el hoy y mañana
 siempre un mismo horizonte en una misma
 senda sin fin y árida.
 Yo camino al azar, sin rumbo fijo
 nuevo la torpe planta,
 apoyado en las musas invisibles
 que me guían calladas.
 Yo vivo en un crepúsculo siniestro
 de claridades vagas,
 pues ni la noche se deshace en sombras,
 ni el día se adelanta.
 ¿ Lo presente ?... Ni dudas, ni deseos,
 ni temores, ni ansias ;
 siempre un mismo horizonte en una misma
 senda sin fin y árida.
 ¿ Lo porvenir ? ¡ Quién sabe ! El abandono,
 las tinieblas, la nada ;
 parece que la mano del destino
 de impulsarme se cansa.
 ¿ Lo pasado ?... No puedo hacer el viaje :
 ¡ si mi abatida alma